

## Sheila Sevillano y Xabier Ima iniciaron el 28 de abril desde Mútiwa un viaje en bicicleta por todos los rincones del mundo con la intención de ayudarlo a colaborar en iniciativas solidarias que mejoraran las condiciones de vida de sus habitantes. Su intención es recorrer más de 20.000 kilómetros para colaborar en estos proyectos solidarios en Tayikistán, Angola, Camerún, Bolivia y Ucrania

como hace un siglo, un camino de grava estrecho sin arreglar. Descendimos rápidamente por valadinos con motores intrépidos que han venido a conquistar la famosa carretera. Lloreamos hasta que de repente nos acolumbramos a 28 curvas cerradas que cubren hasta el río Caká. De un paisaje yermo en la vertiente sur nos teletransportamos a un tropical donde la vegetación se adueña de todo. Queremos que esa bajada no acabe nunca, queremos sentarnos durante horas a verla, queremos llegar para terminar la etapa, queremos muchas cosas que no podemos unir. Aunque vemos montañas y cientos de metros más abajo a zomada al acantilado, decidimos comer nos un bocanillo sentados con los pies al balcón natural. Desde ahí observamos como las curvas dan paso a un camino que desciende hasta el mar con una parada reconocida a un tropical acantilado al río por la izquierda. Bajamos a una de las rocas más especiales del viaje, La cabaña de Turgut, un señor que nos aloja gratis en una habitación con dos colchones inventados sobre la cabaña. Con la noche serena, cenamos a la luz de un candil colgado en la viga, un cierre perfecto para una etapa de ensueño.

Si me dicen que he echado de menos en Turquía durante este mes y medio, quizá sea haber interactuado más con las mujeres. La imagen general que se te crea es la de hombres sentados compartiendo amistosamente té, que te reciben calurosamente, pero en la que rara vez hay una chica. Muchas de las que ves caminando te saludan con recelo, serías y las veces que conversas es porque trabajan en negocios o están junto a sus maridos, nos ha faltado ahondar en la parte femenina turca. Por lo demás es un país generoso, abundante de sonrisas, de hospitalidad, banderas, dulces, sabores, emociones, buenos recuerdos.

Las últimas noches en Turquía las pasamos en Hizi y Hopa, el clima fresco de la montaña se torna húmedo, caloroso y de la calma rural, que hemos vivido casi todo el país entrados en una autovía de la que no podemos escapar y que recorre toda la costa hasta Georgia. El Mar Negro contiene grandes paisajes escarpados por toda la costa y es un lugar estratégico para el paso de mercancías, con lo que esa frontera que pasa desapercibida asume cada día miles de camiones con sus cargas. El arcén está invadido por una serpiente multicolor a la espera de la aduana.

### PARA SABER MÁS

Si queréis seguir este viaje solidario podéis haceros en

solidaridad.com

Para colaborar y conocer todos los proyectos que hemos hecho podéis entrar en [yosolentour.org](http://yosolentour.org)



Una parada en la región de Esvanetia cerca de Mestia, en Georgia.

El día que Pamplona cuenta el pobre de mí, nosotros cruzábamos diez túneles y en el último hondea una bandera enorme de Turquía para dar pasal por más número doce de rumbos. Georgia. A decenas de metros de la frontera, un edificio de líneas modernas y con las banderas georgianas movidas por la brisa marítima nos recibe. Aunque somos bicis, somos personas, no evitamos la aduana y recorremos pasillos de unas instalaciones que parecen un aeropuerto moderno. Hacemos cola en un caos de personas con maletas, billetes gigantes, carros de la compra y scanners. Soltamos dos palabras en georgiano, nuestra mejor sonrisa y escuchamos el cuco en el pasaporte: "Por favor que no nos hagan desmontar la bici", perodos policías nos dan el alto, nos preguntan de donde somos, "Spain", "Ah, España, gracias, Mastril, Barcelona, vuelvo a Georgia". Con esa retahíla de palabras esquivamos un buen rato de chequeos y damos nuestros primeros pasos por la antigua Cólquida donde Jaso robó el villicino de oro, es más, entramos por un territorio al que llamaban Iberia en la época de los griegos y romanos.

En decenas de casas de cambio, tiendas con artículos plásticos colgando, furgonetas que se llenan de gente para ir a las ciudades ocultas, aparecen esas imágenes históricas que me he montado y me bajan a la tierra de golpe. A los pocos kilómetros aseman edificios de más de veinte plantas con vistas al mar. Personas con chancetas, toallas y sombrilla cruzando la carretera entre las casas que se encuentran mujeres. Hemos dado un giro de 180° de nueva. Las mozoquitas dan paso a iglesias cristianas ortodoxas, el hiyab, shayla, chador o la ayda desaparecen y las ciudades ocultas sus piernas

### EL PERSONAJE

● Todos hemos leído historias de Drácula, pero pocos saben que el paíbero Drácula poco tiene que ver con los vampiros con la orden del castillo de aquo tiene Rumanía del siglo XV. En 1431 nació Vlad, futuro emperador sanginario en el que se basa el personaje de Bram Stoker. Siendo un niño, junto a su hermano Radu, estuvieron prisioneros en el castillo de Tokar para demostrar la lealtad de su padre al Imperio Otomano. Sobrevivió a aquel encierro y regresó con fuerza para subir tres veces al trono de Valaquia y pasó a la historia como un sádico gobernante que mató a cientos de miles de personas, muchas empaladas.

tatuadas, las uñas pintadas o el bikini para bajar a nuestra asombrosa el contraste de culturas tan cercanas. Georgia está en auge y se nota en las decenas de edificios que están en construcción. Los coches son de alta gama. El paso fronterizo y el intenso tráfico estrenaron la entrada a la que le sumamos el colar, un nuevo idioma y conectar con la nueva energía del país. El primer día dormimos en Batumi, mucha gente alquila habitaciones de sus casas, con lo que es una forma barata de viajar por unos 15€ la noche y de entrar en contacto con la cultura local. Lo que está claro es que el estancamiento georgiano hay que romperlo, son más serios y tienen destellos postsoviéticos, aunque el 85% de la población sea proeuropea. Los primeros días seguimos por la

costa del Mar Negro sorrientos a una humedad que nos exprime. En la segunda etapa pedaleamos bajo la lluvia hasta Kobuleti y llegamos con ganas de quitarnos la ropa mojada y en la puerta de la casa, dos mujeres que no hablan inglés, sólo dicen "Niet", nos echan de la casa que hemos reservado y nada podemos hacer. El enfado hierva el agua que nos empapa, pero hay que buscar algo y una mujer y su nieto nos ofrecen habitación a doscientos metros. La sensación de desamparo y justo en un día de tormenta no es agradable.

El comienzo en Georgia ha sido algo atropellado y nos proponemos darle la mejor de las energías y la mejor manera es que el sol luzca con toda su vitalidad el día que iniciamos el camino hacia las montañas. Las camisetitas mojadas y pegadas al cuerpo por el sudor están una constante a la que nos acostumbramos. Las carreteras secundarias que escogen recorren zonas rurales de pastos y bosques. Centos de perros abandonados ladran a nuestro paso y miles de vacas son parte del paisaje en cada etapa. Los coches las esquivan como el agua a las piedras en el río. Conforme más rural es el camino lo granja aumenta y se suman cerdos, ocas, cabras, caballos. Georgia es una mezcla entre país que mira el capitalismo con una economía y estilo de vida agrícola muy fuerte.

La humedad está tropical impropia una vegetación frondosa que abusa e invade todo. Buscar un lugar para acampar se hace difícil ya que las parcelas se suceden una tras otra. Los terrenos coinciden un jardín delimitado con árboles, una valla, animales rondando en la mayoría y casas generalmente de dos plantas de madera, porche y techo de uraltia. El aspecto

ajado y descolorido, el tipo de vegetación, el estado del edificio, lleno de agujeros, nos evocaba Cuba. El segundo día google maps marca que una de esas parcelas es un guest house. No hay cartel que lo indique y desde la valla que parece el lugar, gritamos "Kamarjoba (hola), una adolescente camina apurada a nuestro encuentro y resolvemos que nos alojamos al precio de siempre. Una noche en pleno campo con el sonido del maíz de su terreno mecido con el viento, de las gallinas picoteando al lado de las bicis y de la lluvia que cumple su amenaza. Desde el porche de madera con sus sillas y un Cooper colgado con la tranquilidad trampa de sabernos a refugio.

El día que llegamos a Zugdidi aprendemos la lección de que los planes sobre el papel pesan como el hierro, pero la realidad los cambia en un segundo. Una noche con la tranquilidad rurales plagadas de animales pastando en sus arcenes, paisanos caminando que sonríen a tu paso y un paisaje absorbente hasta que la cadena se engancha en el piñón y Sheila aparece al fondo empujando el pedaleo. En el punto en el que desmontamos las alforjas para ver el estropicio sale un señor de su casa que se hace cargo de que la etapa acaba ahí, nos ofrece limpiarnos las manos de grasa y una llamada aparece Geno, un hombre con su cámara y un Cooper colgado. Nos juremos la bici y el equipaje de Sheila la testa Leshvini. Yo pedaleo 40km en una carretera de toboganes sin prestar atención a un día que se presenta perfecto. Geno no se marcha hasta que no estamos montados en un coche hacia Zugdidi. Es domingo, pero tenemos suerte, al cruzar el puente del río Inguri cruzamos una puerta de chapa a un patio de tierra lleno de bicis desmontadas, ahí Zizza nos apaña el cambio para llegar a una ciudad con rumbos.

El esfuerzo de Zizza supone disfrutar de los paisajes más bonitos del viaje rumbo a Mestia en la región de Esvanetia. Subiremos por el valle del río Inguri con parada para dormir en Khialisi en la casa de Laila, que nos cuida como si nos conociáramos de niños. Desde ahí iremos con la contra del río que desemboca en el Mar Negro, caudaloso, frío y furioso, resuena en el encajonamiento que nos dan las paredes verticales que nos abrazan y dan sombra durante la subida. A ocho kilómetros de Mestia nos separa Europa del río con el que hemos convivido cuatro días y entramos en una población patrimonio de la Unesco por sus torres medievales que conservan las cunas y que dan al lugar una esencia histórica. La panorámica es la cordillera del Cáucaso que separa Europa de Asia, a 42km de línea recta coincide el monte más alto de Europa dentro de Rusia. El Eilbrus es 5642msn. Gran final de bloque desde donde os escribo este artículo. ●